

Tasa Tobin

La Tasa Tobin o ITF (Impuesto a las transacciones financieras) fue anunciada en 1971 y presentada con mayores detalles en 1978 por el Dr. James Tobin, premio Nobel de Economía en 1981. Nacido en 1918, en Estados Unidos, graduado de Harvard y profesor de la Universidad de Yale desde 1950. Este profesor es de los que defiende el comercio libre, fue miembro del Consejo de Asesores Económicos del Presidente John F. Kennedy en 1961– 1962.

La tasa Tobin consiste en la imposición de un impuesto a cada una de las transacciones financieras que atraviesan las fronteras nacionales. La tasa impositiva de solo 0.1%-0.25%, o sea entre 10 y 25 centavos por cada 100 dólares en cada transacción; esta tasa se dirige a desestímulo del flujo de capitales a muy corto plazo (días o semanas), pues estos obtienen un por ciento de ganancia muy reducido y el impuesto Tobin prácticamente lo haría desaparecer.

El elevado monto de la ganancia de estos capitales se obtiene por la velocidad a que se mueven, en este caso las personas o entidades implicadas en varias transacciones cada día o cada semana tendrían que pagar la tasa varias veces, lo que las desanimaría para realizar este tipo de inversión, por su parte la tasa de ganancia de las inversiones a más de un año quedarían casi intactas. Lo que se trata según palabras del propio James Tobin es de “echar arena al aceitado mecanismo de las especulaciones que hacen viaje de ida y vuelta en días o pocas semanas”.

Los resultados de esas recaudaciones en la actualidad podrían alcanzar cifras aproximadas a los 1000 millones de dólares anuales; esto fondos pudieran estar dirigidos a los países de menor desarrollo y podrían ser administrados según su autor por el FMI.

La Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD) concluyó que la tasa Tobin permitiría recaudar 720.000 millones de dólares anuales, distribuibles a partes iguales entre los gobiernos recaudadores y los países más pobres. Por su parte, el PNUD afirma que con el 10% de la suma recaudada sería posible proporcionar atención sanitaria a todos los habitantes del planeta, suprimir las formas graves de malnutrición y proporcionar agua potable a todo el mundo, y que con un 3%, se conseguiría reducir a la mitad la tasa de analfabetismo presente en la población adulta, universalizando asimismo la enseñanza primaria

Críticas

Pero otros, en especial los liberales de la [escuela austriaca](#) lo consideran una medida intervencionista especialmente perniciosa al obstaculizar el libre comercio, perjudicando según ellos a los países más pobres y presentando enormes dificultades de recaudación, gestión y utilización de los fondos.

El sector liberalista esgrime los siguientes motivos:

1. Estos movimientos ya están gravados en numerosos países. Imponer una tasa adicional supone aceptar que los gobiernos son incapaces de controlar la evasión fiscal con impuestos, por lo que una nueva tasa no es más que otra confiscación arbitraria.
2. Una hipótesis es que la pobreza nunca podrá resolverse con transferencias, porque la pobreza no es un problema de distribución sino de falta de producción. No está nada claro que los obstáculos financieros de la tasa Tobin, al final no fueran a resultar perjudiciales para los pobres. Por lo pronto, la inyección de las cantidades de capital de las que se habla provocaría una inflación catastrófica.
3. Existen numerosos problemas técnicos para recaudar este impuesto, así como para gestionar y repartir su producto, actividades que requerirían una enorme (y presumiblemente ineficiente) maquinaria burocrática.
4. El mercado de transacciones en divisas produce utilidades enormes a las instituciones financieras e individuos que participan en el mismo. La Tasa Tobin ataca estos movimientos de capital, obstaculizando el libre comercio y provocando un mayor aislamiento, algo que no necesitan precisamente los países pobres del mundo.
5. Muchos países del Tercer Mundo tienen ligadas sus débiles monedas al dólar, de manera que si un ciudadano de estos países vendiera sus productos, por ejemplo, a la Unión Europea tendría que cambiar, primero, los euros a dólares (pagando una vez la Tasa Tobin) y, luego, los dólares a la moneda local (pagando así dos veces la Tasa Tobin).

La tasa Tobin

José Luis Sampedro

Escritor y economista. Presidente de Honor del Consejo Científico de Attac

1. El establecimiento de un conjunto de tasas que

graven las transacciones financieras internacionales constituye una propuesta positiva y pertinente, especialmente en este contexto de crisis económica.

Su consecución práctica contribuiría a alcanzar dos grandes objetivos. En primer lugar, la imposición sobre las operaciones financieras puramente especulativas coadyuvaría en el desarrollo de estrategias eficaces frente a los “riesgos sistémicos” del mercado financiero.

Una tasa que penalice la especulación ayudaría a prevenir nuevas “burbujas”, cuyo estallido pudiera volver a llevarse por delante el equilibrio de la economía global.

En segundo lugar, los recursos recaudados podrían configurar grandes fondos de “garantía” para hacer frente a los desequilibrios ocasionados en los mercados de capital (como el caso griego), además de financiar los planes de Naciones Unidas en ámbitos de interés general como la lucha contra el hambre y el analfabetismo, la preservación del medio ambiente y la cooperación para el desarrollo. Para hacer viable la iniciativa debería suscribirse un acuerdo al respecto en el seno del G-20, con un compromiso claro de aplicación global, simultánea y eficaz.

2. La aplicación de estas tasas supondría un avance

muy significativo para la llamada “gobernanza” global. La liberalización de los mercados financieros ha ocasionado graves problemas de alcance global: recesión, paro, pobreza, desigualdad... Los grandes desafíos de la Humanidad tienen hoy una dimensión que supera las fronteras nacionales, no sólo en las finanzas, también en el medio ambiente, en las migraciones, en la seguridad, en la defensa de los derechos humanos... Por tanto, la respuesta a tales desafíos debe ser igualmente global en términos de decisión, de recursos y de ejercicio del poder. Si la globalización comenzó por suprimir las fronteras para el tránsito del dinero, quizás la aplicación de impuestos justos sobre ese tránsito se convierta en la semilla de un gobierno para el mundo.

¿Desventajas? La medida sería de imposible aplicación práctica sin una garantía de colaboración por parte de los principales sistemas financieros nacionales. Y

resulta muy difícil poner de acuerdo a quienes compiten de forma cotidiana en la captación de capitales.

3. El orden económico internacional en su conjunto ganaría en estabilidad y en equilibrio. El propio mercado financiero global obtendría el orden y la regulación precisos para cumplir su función de “facilitador” en las transacciones de la economía real. Perderían tan sólo los jugadores de riesgo, los codiciosos y los tramposos que provocaron la última hecatombe financiera transnacional. Un beneficiado más: la izquierda ha ganado la batalla de las ideas, y ahora necesita una bandera global para ganar también la batalla política y social. La tasa Tobin bien pudiera ser esa bandera identitaria y movilizadora para los movimientos de la izquierda democrática en todo el mundo. mercados financieros mediante la desregulación. Ello, a su vez, contribuiría a dismantelar redes de corrupción y negocios ilegales (armas, narcotráfico, etc.) y a dificultar el ataque de los “mercados” contra países en dificultades, causados a veces por esos mismos poderes financieros.

Desventajas:
Su implantación requiere una decidida voluntad política que a día de hoy no se vislumbra, pese a las reivindicaciones ciudadanas y de colectivos conscientes de que la tasa aportaría ingresos para atender necesidades ciudadanas.

Ángel Luis del Castillo

Economista. Presidente de *Green Cross España*

El freno a la movilidad de los capitales especulativos conllevaría la reducción de la inestabilidad monetaria internacional y daría a los Gobiernos mayores seguridades a la hora de establecer sus políticas macroeconómicas.

1. De hecho la idea ya se ha recuperado desde que la replanteó George Brown, el primer ministro británico, pese a la oposición de la City londinense. Y como posible propuesta la descartó Tim Geitner, el Secretario del Tesoro de los EEUU, el accionista mayoritario

del FMI, a quien le pasó la idea el Consejo Europeo de diciembre 2009 como una opción a considerar.

En realidad, el mayor obstáculo para la implantación de alguna modalidad de impuesto sobre las operaciones financieras transnacionales, es el problema de su opacidad y su falta de transparencia que sigue sin resolverse, como acaba de mostrar una vez más la especulación financiera sobre los bonos griegos. Y en segundo lugar está la dificultad de alcanzar acuerdos multilaterales hoy por hoy.

Ni el Eurogrupo ni la zona de la libra esterlina ni los EEUU aceptarían un impuesto solamente sobre las operaciones con su divisa sino que sería sobre todas, con el fin de mantener el principio de la pretendida competencia mundial. Pero su implantación es una decisión política que en la actual situación requiere el consenso de todos.

2. Ante todo, se trataría de instrumentar la recaudación de fondos para la resolución del endeudamiento público generado por la crisis. Cuando Attac inició la defensa y divulgación de la idea de este impuesto, intentaba paliar al mismo tiempo los tremendos daños provocados por el casino financiero global introducido en los noventa con empobrecimiento de regiones del mundo. En suma, se trataba de generar conciencia de los efectos nocivos de la desregulación y la globalización de los mercados de capital. Y esos objetivos se han hecho más acuciantes en estos años de crisis, que revelan el descontrol del poder político sobre la banca y las operaciones financieras especulativas.

3. En primer lugar todo depende de la modalidad que se adopte; y del cómo y quien se responsabilizara de la gestión. Aunque el tipo de impuesto del que se ha hablado sea muy bajo, en teoría significaría una recaudación difícil de cuantificar porque, como George Soros asegura, es imposible conocer el volumen real de los flujos financieros internacionales. Desde luego se mejorarían los ingresos públicos, que es el argumento de algunos gobernantes. Pero, sobre todo, podría significar una aportación decisiva para la financiación de los Objetivos de Desarrollo del Milenio aprobados por la ONU, que es el argumento de ciertas ONGs. Ahora bien, la cuestión de fondo es que esta idea se ha replanteado como sucedáneo a la imposibilidad de alcanzar acuerdos para restablecer

la autoridad de los Estados sobre las finanzas.
Más bien, en el plano oficial ha resurgido
como nueva cortina de humo para desviar la
atención pública sobre el fracaso de las tres
cumbres del G-20 para afrontar las causas financieras
de la actual crisis económica, sin que haya
habido ningún acuerdo sobre la regulación y supervisión
de un sistema bancario globalizado
basado en la total libertad de movimientos internacionales
de capitales, que es la raíz de
nuestros problemas económicos.